

á instancias del conde Ricardo, hermano del rey de Inglaterra, á quien el emperador habia dado pleno poder para negociar un tratado. El papa exigió que Federico se sometiera sin condicion (1); y semejantes proposiciones equivalian á negarse á tratar. Federico se quejó de ello á Luis IX, diciendo: "El padre santo rechaza la paz, queriendo la destruccion de mi raza," (2). Las invasiones de los terribles Tártaros, que amenazaban destruir el nombre cristiano, no llegaron á inspirar sentimientos pacíficos en el anciano pontifice; fué preciso que el emperador, defensor nato de la cristiandad, dejase abandonada á Europa para defender su corona contra la Iglesia (3). Gregorio es un héroe, pero un héroe pagano, que no es discípulo de un Dios de paz y caridad. Con aquel espíritu de hierro, Roma debía vencer; pero en vez de aprovechar á los papas la victoria, aprovechará á la humanidad. Instrumentos en la mano de la Providencia, los papas trabajan por una causa que no es la suya.

N.º 2.—Federico II é Inocencio IV.

I.

La guerra del sacerdocio y del imperio es la lucha de dos soberanías, de las cuales cada una aspira á la omnipotencia. Estas inconciliables pretensiones conducen á un combate á muerte. Los defensores del papado han intentado en vano descargar á la santa sede de la responsabilidad de la sangre vertida, desfigurando el objeto de la lucha; pero la historia contradice á cada paso su apología: se alteran los hechos cuando se dice que la guerra del sacerdocio y del imperio es la guerra de la libertad contra el despotismo; verdad es que, bajo Federico Barbaroja, la libertad italiana desempeña un papel importante; pero á medida que la lucha se prolonga, desaparecen las ciudades lombardas ante los inmensos intereses que están en juego; no se trata ya de la independencia de algunas ciudades, sino de la existencia del papado y del impe-

(1) M. PARIS, *ad a.* 1241, p. 506: «Vult Papa omnibus modis ut Imperator se absolute subijceret ipsius Pape arbitrio et voluntati.»

(2) *Epist. FRIDERICI ad regem Francia* (MARTENE, *Ampliss. Collect.*, t. II, p. 1139): «Multotiens pacis ab eo sunt vilipensa consilia, ut repente nos perdere cogitaret, et eo impetu, ut nostrum ac generis nostri nomen perpetuo crederet abolere.»

(3) Véanse las quejas de Federico en M. PARIS, *a.* 1241, página 497.

rio. Gregorio IX inaugura su pontificado con la excomunion de Federico; la paz de San German, firmada por él, no es más que una tregua. Su sucesor es un amigo de Federico; pero apenas sentado en la cátedra de San Pedro, Inocencio IV olvidó tan completamente sus sentimientos, que la amistad se convierte en implacable odio. Inocencio es el hombre de los combates sin compasion ni piedad; hay grandeza en su desmesurado orgullo, en su odio que canta victoria sobre la tumba de un amigo; pero es la grandeza de los ángeles malos. Tal vez fuera preciso un hombre implacable como la espada en el campo de batalla, para acabar con la indómita raza de los Hohenstaufen.

El papa convocó un concilio general en Lyon, y llamó á la cristiandad á resolver las contiendas entre el sacerdocio y el imperio; pero, arrastrado por la pasion, no esperó á que estuviesen reunidos para lanzar los rayos de la excomunion contra el emperador (1), como si quisiera significar de antemano que el concilio no sería más que un instrumento de su voluntad. Desde la primera sesion rechazó todas las proposiciones de Federico, sin embargo de hacer ofertas al emperador que hubieran debido tentar al vicario de Cristo: "Reduciría el imperio griego á la obediencia de la Iglesia romana; combatiría á los Tártaros, á los Sarracenos y á todos los enemigos del nombre cristiano; iría en persona á la Tierra Santa para librarla del inminente peligro en que se encontraba, y daría satisfaccion de todas las injurias de que el papa se quejaba." Inocencio no vió en estas promesas más que un cebo: "El emperador quiere desviar el golpe que amenaza ya á la raíz; si el concilio acepta estas engañosas proposiciones, ¿dónde estará la garantía de su ejecucion? ¿Quién podrá obligar á Federico á cumplirlas?"—"Los reyes de Francia y de Inglaterra saldrán garantes," respondió el plenipotenciario del emperador. Inocencio se negó, diciendo: "Si Federico falta á sus promesas, como no dudamos, nos veriamos obligados á reclamar á estos dos principes, y entónces la Iglesia tendría por enemigos á los monarcas más poderosos del mundo," (2).

Viendo Federico con qué vehemencia se decidió el papa contra él, exclamó: "¡El único fin para que se ha convocado el concilio es mi ruina!" (3).

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 82.

(2) M. PARIS, *a.* 1245, p. 580 y siguientes.

(3) M. PARIS, *a.* 1245, p. 584.

Inocencio se apresuró á pronunciar la sentencia de excomunion y deposicion, diciendo: "Dios mismo arroja al emperador, privándole de todo honor y de toda dignidad." El papa absolvió de su juramento de fidelidad á todos los súbditos de Federico; prohibió que le obedecieran, y excomulgaba á todo el que le prestara algun apoyo. Inocencio tambien provocó á los demas principes á que eligieran otro rey, reservándose disponer del reino de Sicilia (1). Los Padres del concilio, despues de esta sentencia, arrojaron al suelo, para apagarlas, las antorchas que tenian en sus manos: así debía extinguirse el excomulgado y su raza.

Á la noticia de su excomunion, Federico exclamó con voz tonante: "¡Conque el papa me ha rechazado en su sínodo! ¡Me ha privado de mi corona! ¿Dónde estan mis joyas? Que me las traigan;" y haciendo abrir la caja que contenia sus coronas, tomó una y se la puso en la cabeza; despues, levantándose, con ojos amenazadores, "no, dijo, todavía no se ha perdido mi corona; ni los ataques del papa ni los decretos del concilio me la han quitado, y no la perderé sin que cueste mucha sangre y mucha carnicería," (2). El papa y el emperador habian arrojado el guante, y el combate supremo comenzó.

Cualquiera que fuese su audacia, el libre-pensador del siglo XIII no se atrevia á sobreponerse á las ideas dominantes; Federico declaró que reconocia el poder espiritual al vicario de Jesucristo, pero que le negaba el temporal: "Jesucristo ha conferido al pontifice pleno poder para atar y desatar en las cosas espirituales; pero no se lee en ninguna parte que una ley divina ó humana le haya dado el derecho de juzgar á los principes de la tierra y de trasferir á su gusto los reinos. ¿Cómo habia de tener ningun derecho contra el emperador, á quien no se le puede aplicar ninguna ley, porque está sobre la ley, y que no puede ser juzgado, porque no tiene otro juez que Dios?" (3). Federico sostiene, segun vemos, la doctrina de la independencia de los dos poderes; y hoy los católicos pretenden que esta doctrina es la de la Iglesia; oigamos la terrible respuesta de Inocencio: "El emperador niega que todas las personas, que todas las

cosas estén sometidas á la santa sede. Segun esto, ¡el que ha de juzgar un dia á los ángeles en el cielo no puede juzgar de las cosas de este mundo! Ya en tiempos de la ley antigua, los sacerdotes han depuesto á los reyes indignos, y el vicario de Cristo no ha de tener el mismo poder; se equivocan los que creen que Constantino ha sido el primero que ha concedido al papa un poder temporal; *este poder le ha sido concedido directamente por Jesucristo, verdadero sacerdote y verdadero rey en el orden de Melquisedec*. JESUCRISTO HA FUNDADO UNA DOMINACION Á LA VEZ REAL Y SACRAMENTAL; HA DADO Á SAN PEDRO EL IMPERIO DE LA TIERRA Y DE LOS CIELOS (1). Antes de Jesucristo, el poder temporal carecia de principio; era una tiranía sin ley ni medida. Constantino puso su poder en manos de la Iglesia, y en seguida lo recibió de ella santificado y legitimado."

Las pretensiones de Inocencio destruyen los embrollos de los ultramontanos modernos, que dicen que el papado no ha reivindicado nunca más que un poder espiritual: los más ardientes sólo piden para la Iglesia un poder indirecto sobre lo temporal. Los moderados ó los malignos sostienen que la Iglesia no ha pensado nunca en extender su soberanía á lo civil: ¿cómo concilian estas vanas excusas con las altivas palabras de Inocencio? Federico II reconocia al papa la plenitud del poder espiritual; pero no basta al papa lo espiritual: le hace falta tambien el poder temporal; y nótese que le reclama, no como una consecuencia de la facultad de atar y desatar ni como un derecho indirecto, sino como un derecho directo, transmitido por Jesucristo, sacerdote y rey, á su vicario. Evidentemente, con esta doctrina no es posible la monarquía ni la soberanía temporal; esto es lo que Federico no se cansó de decir á los principes para excitarlos contra la santa sede: "Si el papa puede depouer al emperador, tambien puede depouer á los reyes. ¡Dichosos aquellos á quienes hace prudentes el peligro ajeno! Que sirva de leccion á los reyes el ejemplo de la majestad imperial ultrajada, y que aprendan á conocer á su enemigo. El papa empieza por nos; si consigue abatir nuestro poder, fá-

(1) «Non solum pontificalem, sed regalem constituit principatum, beato Petro ejusque successoribus terreni simul ac celestis imperii commissis habentibus, quod in pluritate clavium competenter in-nuitur.» *Codex Epistolar. Vatican.* (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 120.)

(1) P. DE VINEIS, *Epist.*, t. I, p. 51 y sig.—MANSI, *Concil.*, tomo XXIII, p. 613 y siguientes.

(2) M. PARIS, *a.* 1245, p. 585.

(3) P. DE VINEIS, *Epist.*, t. I, 3.

cilmente acabará con los reyes; es preciso contener estas invasiones en su principio: es cuestión de existencia para todos los reyes.», Federico los reprende; se queja de que le dejen solo en la brecha, á pesar de que defiende la causa comun. El emperador desearía poder levantar á todos los principes contra aquel que se dice rey universal, como vicario de Jesucristo (1).

Los principes confesaban que el derecho estaba de parte de Federico y que su independencia se hallaba comprometida en la lucha, temiendo el intolerable orgullo de Roma (2); ¿por qué, pues, no se unieron contra el enemigo comun? Su inacción es providencial: «El hacha pende sobre la raíz del imperio, dice Inocencio; es menester que la añosa encina caiga;», y la vieja encina es la monarquía universal, el despotismo romano que los Hohenstaufen habían querido resucitar; los reyes estaban interesados en que fuese abatido el poder de aquel que se decía sucesor de los Césares y jefe temporal de la cristiandad; sentían esta necesidad instintivamente; hé aquí por qué no se pusieron del lado de Federico; pero una vez destruido el imperio, los principes, apoyados en los pueblos, sabrán luchar con los papas y conquistar su independencia.

II.

La lucha queda circunscrita al papa y al emperador. Todo parece desde luego favorecer á Federico. Los principes alemanes permanecieron fieles á su jefe, los unos porque temían el poder y el genio de los Hohenstaufen, los otros porque su patriotismo se sublevaba contra las usurpaciones de Roma. Sin embargo, á fuerza de promesas y oro, el papa arrastró á la defección al landgrave de Turinga; pero no encontró ningun principe laico que quisiese tomar parte en la eleccion; juguetes de los que los elevan, los *reyes de los clérigos* (3) no tenían ningun apoyo en la nacion; las ciudades, únicos órganos de la opinion nacional, se pronunciaron unánimemente contra ellos; en vano les desligó de su juramento el soberano pontífice; la hon-

(1) P. DE VINIS, *Epist.*, t. 2, p. 3, 15.

(2) M. PARIS, *ad a.* 1245, p. 593: «Romana Ecclesia gratia Dei abutens, in posterum in tantam elationem et intolerabilem superbiam sublevaretur, quod principes catholicos et insontes et justos, quavis levi causa deponerent...»

(3) *Pfaffenkantig*. Este el apodo que se dió á los reyes elegidos por los papas.

rada clase media no comprende cómo la palabra de un sacerdote puede hacer de la fidelidad un crimen y de la infidelidad un deber (1); sin embargo, el papa acabó por triunfar en esta lucha desesperada; teniendo en su mano un instrumento terrible, usó y abusó de él para sublevar las almas. Inocencio envió á Alemania un legado, al que dió la misión de *destruir y extirpar, de dispersar y aniquilar* (2). Se sirvió de frailes mendicantes para sembrar el odio contra el emperador y para arrastrar á los pueblos á la defección (3); religiosos instituidos para practicar la caridad y la humildad, recorrieron la Europa enseñando «que la obediencia consistía en la sublevación y el deber en el olvido de los juramentos» (4). El papa minaba el terreno que pisaba el emperador; sin embargo, Federico sostenía, con sus valerosos hijos, la campaña; para abatirle era preciso hombres y dinero, y el papa echó mano de los tesoros de los monasterios y de los obispados, explotándolos y estrujándolos como nunca lo había hecho un emperador; sus legados, armados de un poder absoluto, se apoderaban de las rentas de las iglesias; y en caso de apuro dejaban vacantes las sedes, para apropiárselo todo, sin cuidarse de la salvación de las almas (5). Inocencio predicó una cruzada contra Federico, prometiendo las mayores indulgencias á los que tomasen las armas contra su soberano; y no había crimen, ni el de la simonía, que no fuese redimido por esta santa traición (6), mientras que alcanzaban penas terribles á los que fuesen culpables de fidelidad, amenazándoles el papa con el fuego del infierno y con las penas de este mundo: «Las ciudades perderán sus privilegios y franquicias, los nobles sus feudos, los clérigos sus dignidades, y no podrán testar, heredar ni ser testigos» (7). Estos mandatos y estas amenazas se comunicaban á los fieles como leyes divinas: «Aquellos que combatieren por el papa, dice Inocencio, no tienen nada que temer, porque su causa es la de Dios: una orden emanada del

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, pág. 151 y siguientes.

(2) El papa califica á este ministro de discordia de *ángel de paz* (RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1247, núm. 2).

(3) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1247, núms. 7, 17; a. 1248, número 7.

(4) P. DE VINIS, *Epist.*, t. 18 (*Friderici ad Regem Francie*).

(5) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1254, núm. 48.

(6) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1248, núm. 7. Véase la carta de Inocencio IV á su legado en Sicilia de 1249, insertada por

CHERRIER, *Historia de la casa de Sabia*, t. III, p. 515.

(7) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1247, núm. 3.

cielo mismo, por medio del órgano de la Iglesia universal, ha depuesto al emperador, y ningun poder humano puede reformar esta sentencia» (1). Como la cruzada de la Tierra Santa podría perjudicar á la cruzada contra el emperador, Inocencio ordenó que no se predicara más contra los Sarracenos (2), y empleó los fondos destinados al rescate del sepulcro de Cristo en pagar mercenarios contra el emperador (3), desviando del camino de la Palestina á los cruzados para armarlos contra los odiosos Hohenstaufen.

El emperador tenía aún á su favor la fidelidad alemana, y el papa puso en juego la más vil y la más poderosa de las pasiones, la avaricia, declarando, para despojar á Federico de la herencia de sus padres, que cualquiera podía apoderarse legítimamente de sus bienes (4), quedando abierta la puerta al bandolerismo como si fuera una obra santa: ¡qué trastorno del orden moral! Alemania se encuentra sin emperador y sin justicia, predicándose diariamente que Dios había depuesto á Federico; nobles y prelados, dispensados de toda obediencia, se arrojaron sobre los bienes de los Hohenstaufen y sobre los derechos del imperio. El siglo X había presenciado el imperio de la fuerza bruta condenada como tal; pero en el siglo XIII se ve la violencia y el perjurio santificados por los que se decían vicarios de Dios y que estaban llamados como jefes de la cristiandad á moralizar á los pueblos.

¡Qué enseñanzas en estos excesos del papado! El catolicismo se precia hoy de ser el único elemento conservador de la sociedad; es conservador, sí, cuando le tiene cuenta; pero llega á ser revolucionario, peor que esto, demoleedor, anarquista si es preciso, cuando se trata de mantener su dominación; hé aquí un papa que se atreve á deponer á un emperador en nombre de Dios, de quien se dice vicario, y á despojarle de las tierras que posee de sus antepasados, poniéndole fuera de la ley; y ¿por qué rompe todos los lazos del derecho? ¿Por qué

(1) Carta de INOCENCIO, citada por CHERRIER, t. III, p. 246 y siguientes.

(2) «Ne flant conciones pro craciata Terre Santa, sed contra Fridericum.» El papa quiere que se mantenga en secreto su orden: «Volumus autem ut ista secreta teneas, nulli penitus revelanda.» *Regist. INNOCENT.*, IV, 19.

(3) Carta de INOCENCIO, insertada por CHERRIER, t. III, página 520 y siguientes.

(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 191; t. IV, página 179.

hace pedazos los de la naturaleza? ¡Para fundar una monarquía universal en provecho de los sucesores de San Pedro! En vano se invocará en favor de Inocencio lo que hemos dicho de la legitimidad del poder espiritual en la Edad Media. Si, el poder del pontificado era providencial; pero esto justifica á la Providencia y no á los hombres. En vano se buscaría un pensamiento religioso en Inocencio IV; sólo se encuentra en él la pretension del sacerdote; triunfa, pero su victoria condena al papado, porque atestigua que los pretendidos vicarios de Dios no retroceden ante nada, ni aun ante el crimen, cuando se trata de satisfacer su insaciable ambición.

III.

No pudiendo resistir Federico á los mil enemigos que minaban su poder, cedió ante la necesidad y volvió á buscar la paz; pero en vano recordó á Inocencio que el vicario de Cristo era ministro de un Dios de caridad (1); el papa quería la guerra á muerte (2), y el emperador trató de vencer la resistencia del soberano pontífice por medio de la intervención de Francia; Federico y Luis IX estaban ligados por una alianza tan íntima que era casi amistad (3). El rey de Francia, por más que haya merecido ser canonizado, opuso siempre una firme resistencia á las usurpaciones de la Iglesia; este interés comun le unió á Federico; el santo y el libre-pensador querían uno y otro conservar intacta la independencia del poder civil, y prometieron ayudarse con todas sus fuerzas para el mantenimiento de sus derechos (4). El emperador erigió á

(1) P. DE VINIS, *Epist.*, t. 1: «Certe pax et dilectio sunt principaliter illa duo que teneri voluit (Christus) post discessum.»

(2) En una instrucción á sus legados, del 10 de Junio de 1249, dice Inocencio: «Mientras Federico ó sus hijos sean emperadores ó reyes, no harémos la paz con ellos» (CHERRIER, tomo III, página 262).

(3) Federico escribe á San Luis: «Ex antiquo familiaritatis jure etiam affinitatis novæ funiculo adeo facti vobis sumus unanimes, quod nullam omnino potest scissuram recipere, velut in habitum jam conversa nostrarum concordia voluntatum» (MARTENS, *Amplissima Collect.*, t. II, p. 1143).—Se contrajo una alianza entre los dos reyes en 1232; en ella se lee: «Sincere dilectionis affectus quem ad carissimum nostrum et fratrem Ludovicum habuimus et habemus, sollicite nos admonet ut verum amicitie fœdus, quod ei servavimus hactenus illibatam, stabilitate perpetua fortius roboremus» (PERTZ, *Leg.*, t. II, p. 293).

(4) *Epist. FRIDERICI ad Ludovicum* (MARTENS, t. II, p. 1144). «Nos incommutabili proposito et firma concepimus voluntate, temporalia jura et dignitates nostras inviolabiliter conservare, nobisque in conservatione temporalium jurum et dignitatum nostrarum potenter assistere, prout ex contractæ vinculo confederationis astringimur, et sincere debitum affectionis exposcit.»

Luis IX en árbitro de la lucha que desgarraba á la cristiandad, comprometiéndose á hacer punto por punto todo lo que el rey juzgara necesario para restablecer la concordia entre el sacerdocio y el imperio (1). San Luis aceptó esta sumision, digna de un discípulo de Cristo, y tuvo largas conferencias con Inocencio IV; pero siempre le encontró implacable:

“Señor rey, dice el papa, no se trata de mi causa, sino de la de toda la cristiandad. ¿Cuántas veces ha hecho Federico estas mismas promesas, y aún mayores todavía, confirmándolas por medio de juramento, y no solamente las ha violado, sino que, después de haberlas hecho, ha cometido aún mayores atentados? ¡No hay lazo que encadene á ese Prometeo de mil formas!., Entónces el piadoso rey de Francia dijo: “Señor papa, ¿no se lee en el Evangelio que se debe abrir hasta setenta y siete veces el seno de la misericordia al que pide perdón?., San Luis invocó un interes que le preocupaba mucho, el de la cruzada, suplicando á Inocencio, en nombre de la Iglesia universal y de toda la cristiandad, que admitiese humillacion tan grande de tan gran príncipe, siguiendo las huellas de Jesucristo, de quien era vicario en la tierra: “¿No se humilló Cristo hasta sufrir la ignominia de la cruz?., “El señor papa, añade *Matthieu Paris*, se negó á hacer justicia á estas súplicas, levantando la cabeza con un movimiento de orgullo (2). Entónces el rey de Francia se retiró indignado é irritado de no haber hallado la humildad que esperaba encontrar en el siervo de los siervos de Dios., Inocencio escribió á la cristiandad: “He permitido que los embajadores de Federico se dirigiesen á Luis IX; pero he declarado al mismo tiempo al rey de Francia que jamas revocaré la deposicion del rey y de su hijo., (3).

La insistencia de San Luis y la arrogante obstinacion de Inocencio son la condenacion del papado. Si el soberano pontífice se hubiera preocupado sólo de la religion, habría debido ceder; Federico no era ya de temer: estaba vencido, y seguramente no hubiera vuelto á provocar la lucha después de los males que le había hecho experimentar el terrible enemigo á quien se había permitido com-

(1) *Commissio itis eum Ecclesie, Ludovico I.*, en PERTZ, *Leg.*, tomo II, p. 355.

(2) «Erecta et rejecta cervice» (M. PARIS, *a.* 124^o, p. 610).

(3) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 149.

batir; en vano decía el papa que desconfiaba del emperador, cuando tenía una garantía en la intervencion de Luis IX, que era más digno órgano de la cristiandad que el orgulloso sacerdote que hollaba los imperios. San Luis no dejaba de trabajar por la paz del mundo cristiano; al partir para la cruzada, fué á Lyon á saludar devotamente al soberano pontífice, y le suplicó que tomase en consideracion la humillacion de Federico, que perdonase al que pedía perdon y abriese á un pecador arrepentido el seno de la bondad paternal; viendo la inflexibilidad del papa, se retiró el rey tristemente, diciendo: “Si la Tierra Santa se perdiese, caerá la falta sobre vuestra inexorable dureza., (1). La cruzada empezó bajo malos auspicios; el ejército cristiano, después de haber sufrido mucho por el hambre, halló socorro en el emperador excomulgado. El rey de Francia, reconocido por este gran beneficio, escribió al padre santo para que admitiese en su gracia á un príncipe que había salvado al ejército cristiano de un hambre inminente; la ilustre madre del rey, la reina Blanca, escribió, por su parte, una carta á Inocencio para que depusiese su cólera; el papa despreció todas estas instancias. Las desgracias de la cruzada justificaron los temores de San Luis; entónces se levantaron amargas quejas en el ejército cristiano contra el orgullo de Inocencio: “¿No son su arrogancia y obstinacion en negarse á las proposiciones de Federico la causa de toda la sangre inútilmente vertida?; Y se proclama vicario de Cristo el que aflige á la Iglesia con tantas adversidades!., (2). Los condes de Poitou y de Provenza, hermanos del rey, hicieron oír al papa verdades aún más duras; le acusaron de haber detenido á los peregrinos que iban á socorrer al rey, sacándoles el dinero á cambio de librarlos de sus votos; le echaron en cara que había desviado á los fieles de la Tierra Santa para ponerlos al servicio de los reyes que creaba en Alemania, y le requirieron para que hiciese la paz con el emperador si quería la salvacion de la Iglesia; pero Inocencio permaneció inexorable, y se despidieron con palabras amargas é injuriosas (3).

Los patriarcas de los nestorianos y de los ja-

(1) MATT. PARIS, *a.* 1248, p. 650.

(2) M. PARIS, *a.* 1249, p. 663; *a.* 1250, p. 690.

(3) M. PARIS, *a.* 1250, p. 694: «Difficilem se Papa exhibuit et inexorabilem, unde juris verbis et litigiosis dominus Papa et dicti comites ab invicem recesserunt.»

cobitas dirigieron humildes solicitudes al papa para inspirarle pensamientos de indulgencia y de paz, escribiéndole con el corazón angustiado: “La Ciudad Santa está destruida, el sepulcro del Señor profanado, los cristianos, ó han huido, ó están encadenados; la cristiandad está en peligro., (1). El soberano pontífice no se dignó contestar siquiera á este grito de angustia salido del Oriente; olvidaba la Tierra Santa para entregarse por completo á su odio contra los Hohenstaufen. Un historiador contemporáneo dice que ha leído muchos anales, pero que en ninguna parte ha encontrado un odio entre dos hombres tan inexorable como el que se paraba á Federico de Inocencio (2). La pasión extrayó al vicario de Cristo hasta hacerle perder todo sentimiento humano. El emperador sucumbió en la flor de su edad, bajo el peso de una vida llena de tormentos. Inocencio había sido su amigo como cardenal; oigamos las palabras de sentimiento que le inspira su muerte: “¡Regocijense los cielos, escribe á los preladados, á los nobles y al pueblo del reino de Sicilia; estremézcase la tierra de alegría! El rayo y la tempestad, por tanto tiempo suspendidos sobre nosotros, se han convertido, por la inefable misericordia de Dios, en fresco rocío y en dulces céfiros; ha desaparecido de entre los hombres el que golpeaba á la Iglesia con el martillo del perseguidor., (3). Esta alegría salvaje es la condenacion de Inocencio, es la condenacion del fin que la santa sede perseguía. Por ambicionar los papas la dominacion del mundo se ha infectado de las peores pasiones que agitan los corazones de los hombres. Inocencio canta victoria sobre el cadáver del emperador, sin sospechar que al caer el imperio había de arrastrar en su caída al pontificado, y que sobre las ruinas de la monarquía universal se han de elevar las naciones, cuya soberanía ha de aniquilar la soberanía usurpada de los sucesores de San Pedro. Los papas se atreven á llamarse vicarios de Dios y órganos de la verdad eterna, y son tan ciegos que no se aperciben de que corren á su ruina.

§ III.—Los últimos Hohenstaufen.

I.

Á pesar de las malas pasiones de Inocencio IV,

(1) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1245, núm. 34.

(2) M. PARIS, *a.* 1248, p. 648.

(3) RAYNALD *a.* 1251, § 3.

la lucha que sostiene contra los Hohenstaufen tiene su grandeza en tanto que su adversario vive; admírase el valor indomable del sacerdote, aunque se reprueben los sentimientos que le inspiran y los medios de que se sirve; pero después de la muerte de Federico, cifra todo su interes en contra de los descendientes; sorprende y repugna el odio implacable con que el papa persigue hasta á los niños en su cuna. Inocencio IV escribe á los Suabos: “Aquel que quería destruir á Cristo en las almas de los fieles, Heródes, no existe ya; pero hé aquí que otro Arquelao (Conrado) reivindica la herencia de la tiranía paterna; á la Iglesia, vuestra madre, toca guardaros del peligro que os amenaza y ampararos con su proteccion contra los enemigos de Dios; la posteridad de Federico nos es justamente sospechosa, como heredera de la perfidia paterna y por haber recibido de sus abuelos su salvaje tiranía; jamas obtendrá, con el consentimiento de la santa sede, ni la corona de Alemania, ni el imperio, ni el ducado de Suabia., (1). En vano alegó Conrado su humilde sumision (2); Inocencio le rechazó, porque el hijo de Federico no podía ser más que enemigo de la Iglesia.

La lucha continuó más furiosa que nunca; Inocencio IV lanzó contra Conrado el ejército de los frailes mendicantes, ordenándoles predicar la cruzada y prodigando á los cruzados todos los favores espirituales de que la Iglesia creía poder disponer; si hemos de creer á un contemporáneo, las indulgencias excedían á las que disfrutaban los peregrinos de la Tierra Santa (3). El papa llamó á las armas hasta á los obispos. El arzobispo de Maguncia, acusado de mostrar poco entusiasmo en la guerra, contestó que el pillaje, el incendio y la muerte no eran propios de un discípulo del Evangelio; se le objetó con el ejemplo de sus predecesores, y él opuso las palabras de Jesucristo: “Envaina tu espada., El Evangelio no halló favor cerca del papa, y el primado de Alemania fué depuesto por la sola razon de no ser hombre de violencia y de sangre, sino de caridad y de paz (4). ¡Hay que espantarse de que el sentimiento moral se pervir-

(1) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1251, § 11.

(2) «Se dicebat velle mandatis Ecclesie humiliter obedire.» NIC. DE CURBIO, *Vita Innocent. IV.*, § 31 (MURATORI, *Scriptores*, tomo III, p. 592).

(3) No solamente el cruzado, sino también el padre y la madre del cruzado obtenían el perdón de todos sus pecados. MATT. PARIS, *a.* 1251, p. 713.

(4) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1251, § 12.